



BOLETÍN MENSUAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
MARZO DE 2014 Número 146 Donativo \$7.00 M.N.



Homenaje de Gratitud

Autobiografía

de Nuestra Fundadora,

la Reverenda Madre María

de la Navidad del P.S.m.f.

María Concepción Zúñiga López



Capítulo 6

La Llamada

Por aquella época se inició en México la persecución callista. Los sacerdotes habían huido a esconderse, pues peligraban sus vidas y su libertad. Los templos se quedaron desiertos y sobre los sagrados tabernáculos se colocó un velo negro en señal de luto. ¡Ah!... entonces descubrí algo que no había reflexionado antes: ¡Jesús!, el Divino Huésped, el Prisionero de amor, andaba escondido como sus ministros, en el fondo de las casas. Teníamos que ir a misa mi madre y nosotras sus hijas, a escondidas de papá, a la casa de unos tíos. ¡Cuántas veces la Sagrada Eucaristía estaba escondida en el cajoncillo de una mesa de centro, en la sala, y hasta en la alacena de una cocina!...

Era por el año de 1926. Yo me acercaba a los doce años de edad y comencé a sentir que Cristo me convidaba a su divino amor. El domingo 3 de octubre, estaba a los pies del altar de la parroquia contemplando la imagen del titular, el Señor de la Misericordia. Entonces me pareció que Él, Cristo, desde la cruz, me invitaba:

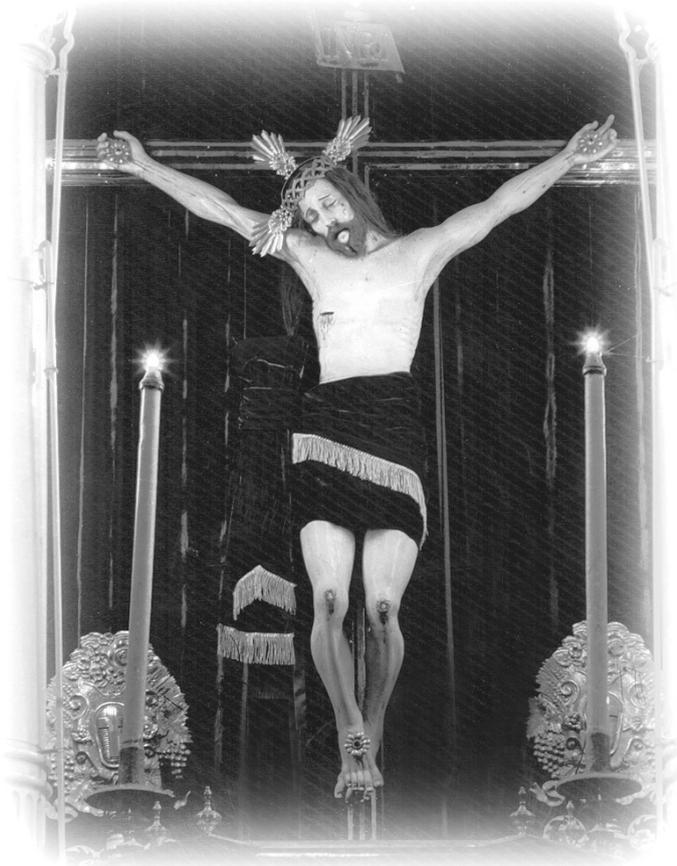
“¿Quieres compartir conmigo esta cruz, este dolor de estar escondido y solo. . . olvidado y despreciado. . . perseguido y aborrecido sin causa? ¿Quieres?”

Así fue la primera invitación de Jesús a mi alma y me repetía, en el fondo del alma mi Crucificado, que ya no era de madera, sino que parecía animarse y hablarme de verdad.

“¡Sí, quiero! Quiero sentir el peso de tu cruz y el dolor de tu Corazón, Jesús divino. Quiero ir contigo el camino del Calvario. ¡Clávame a tu cruz, pero contigo! Y en cambio te pido sólo una cosa: dame ALMAS, almas para tu Iglesia, para tu cielo. ¡Que todos te amen!”

Desde ese día, poco a poco vine a caer en el plan divino; ésta era mi VOCACIÓN. Y Él quería, no sólo que yo me ofreciera así con Él al Eterno Padre, a la Justicia Divina en rescate, sino que enseñase ese camino a otras almas, que procurase la fundación de una Orden Religiosa que tuviera ese fin primordial: buscar una Legión de Almas Víctimas que se ofrecieran en desagravio por el mundo entero.

La Obra tenía que ser como las hijas de San Francisco de Asís, viviendo en pobreza, en obediencia y en castidad. Con una pobreza tal, que no poseyesen más que el derecho de pedir limosna. Pero una Obra del todo social, puesta al servicio de la Iglesia para atraer a su seno las almas, especializándose en la juventud femenina para moralizar sus costumbres. “Pronto se hizo en mí aquel ideal un incendio tal, que no podía



vivir si no estaba embebida en ello. Y ahí comenzó el calvario. Mi familia sería la primera encargada de suministrarme mi “amado sufrimiento”.

Capítulo 7

El Paso Decisivo

Me acercaba yo a los trece de edad, y con la fuerza de una persona de temple, decididamente dije a Cristo: “NO QUIERO MÁS AMOR QUE EL TUYO”. Dios, que conoce los interiores de las almas, debe haber sonreído contento de aquel cuadro: una niña vanidosa, que deja las vanidades por convicción de su deber, por moral, por decencia, es decir, por virtud, por amor a la virtud.

Ciertamente que yo había moderado mi manera de vestir, pero gustaba de ir guapa y bien vestida, usar mis joyas, que las tenía hermosas y ricas. Entonces, por complacer a Cristo, encerré todas mis joyas en un cofre, y los trajes en el ropero y tiré la llave. Dejé mi alcoba y rogué a mi madre me dejara

tomar un cuarto retirado al segundo patio de la casa. Me vestí de negro sin adorno alguno, me calqué al cuello una medalla de cobre, alargué mi falda hasta el tobillo, la manga a la muñeca, el escote al cuello y, fui otra desde ese día. Entonces comencé a sentir atracción desconocida por los harapos de un limosnero, por la choza de adobe y tule, y a incomodarme en la casa lujosa y la comodidad urbana. Se despertó en mí, algo así como una fuente que estaba



cerrada en mi corazón y que no me había sido dado gozar de su agua refrigerante, hasta que hice el primer esfuerzo por conocerla y que aflorara en mí. Era la gracia del Señor, era esa gracia y esa fuerza divina que sabe dar Dios a los que siguen dócilmente sus inspiraciones.

Anhelé irme al yermo a hacer penitencia y no ocuparme de nada más en la vida sino de la contemplación de Cristo en su Pasión. Me llené de celo por la salvación de las almas, por desagrar a la Justicia Divina por todos los pecados de todos los hombres. Y... no pude más, lo consulté con mi confesor, y él comenzó a guiarme ya directamente hacia Dios. Yo no conocía a las monjitas; creía que la vida religiosa era cosa de pasada historia. Al convertirme a Dios estaba desorientada acerca del camino viable para mí. Él despertaba en mí aquellos deseos, sólo para pedirme el sacrificio de ellos, y para templar mi espíritu, allí en el yunque... allí donde antes me había recreado, porque así me convenía, porque era mi camino. Cuando comuniqué a mi confesor mis anhelos y mi decisión, se rió de mí y me adujo que, si alguna vez habían existido ermitaños, ahora en este siglo y en nuestro país, con la revuelta, eran del todo improcedentes, y menos aún, una ermitaña en adolescencia todavía.

En cambio, me habló de la vida religiosa, haciéndome saber que, en aquellos momentos, estaba suspendida la licencia eclesiástica para que las comunidades pudiesen recibir nuevos miembros, ya que las mismas comunidades andaban escondidas por las casas particulares de familias seculares; por tanto, tenía que esperar algunos años hasta que se volvieran a abrir los cultos. Y, en atención a mis circunstancias familiares, siendo obvio que se negasen mis padres rotundamente a darme su permiso, era más difícil aún para mí el pensar en esos días ingresar a comunidad alguna. Aquel buen sacerdote me instruyó acerca de poder encontrar un esconditeseguro para mis aspiraciones: éste tenía que ser mi propia alma, como Santa Catalina de Sena, que toda su vida quiso y nunca logró internarse en un claustro, sino que le hizo una celda a su Dios en su propio corazón. Poco pude ya hablar al confesor, ya que él tuvo que esconderse en otra ciudad, a donde, sólo de vez en cuando podía enviarme mis notas de conciencia y él responderme en lacónicos renglones.

Ciertamente Dios me llamaba a ser religiosa, pero antes tenía que luchar mucho, en el mundo, al mundo y por el mundo para el bien del mundo, para bien de mi alma y para la mayor gloria de Dios. Hubo un día y un momento, para mí felicísimo, en que tuve que darle a Dios la prueba de amor más grande. Fue mi entrada al convento.

Capítulo 8

Vocación

Mis padres, viéndome rehusar la vida e inclinarme a una aspereza que para ellos consistía “una locura” pensaron que tal vez me hacían falta paseos. Ya me habían puesto maestra en casa que me instruyera en estudios superiores de Comercio, inglés y literatura. Aquella maestra era religiosa, pero siendo de la Orden Carmelita, no me llamaba la atención ni aspiraba sino a ser Franciscana, hija del pobrecito de Asís. Ya había en el fondo de mi alma la inspiración divina de la nueva ORDEN RELIGIOSA DEL DESAGRAVIO, de las Mínimas Franciscanas del Perpetuo Socorro de María y que debería tener las Santas Reglas Franciscanas en su primitivo rigor. Fue por lo cual se tuvo que pensar en buscarme un claustro capuchino, a donde yo pudiese ingresar.

Por esos días tuve un sueño: me vi en una casa derruida, muy grande, con claustros cuyas columnas estaban rodadas por el suelo, y yo, sola, en medio de aquella desolación. De pronto vi venir hacia mí a una mujer de luto, con aspecto religioso. Llegó y se sentó en una pilastra y yo arrodillada junto a ella, miré y sacó un libro de debajo de su manto, lo abrió y me señaló esta leyenda: “*Las Profecías de la Madre Matiana.*” En aquel momento recordé un sueño de la infancia. Quise preguntar algo, pero aquella mujer misteriosa cerrando el libro se fue por donde vino. Yo le grité entonces: “¿Qué debo hacer yo?” Y me respondió lacónicamente: “Repara la casa,” señalando las ruinas.

Aquello lo relaté a mi Padre Director, pero él me respondió parcamente, diciéndome que los sueños solían ser proféticos, pero que, por el momento olvidara todo eso, y obedecí. Acababa de cumplir yo los quince años, rehusando toda fiesta y un viaje a Europa que papá me ofrecía.

El hecho de dejar la casa paterna es un arrancón tan fuerte y doloroso, que es preciso una fuerza sobrenatural para hacerlo. Y a mí me tocó un día y me tocó, inesperadamente. Dios quiso que aquel paso tan anhelado, me costara mucho dolor. Puedo confesarlo: ¡qué terrible es la separación de los suyos! Yo la sentí, Dios me dejó sentirla en todo su rigor humano, y, la noche víspera de mi salida, hasta las paredes de mi casa sentía gozo de besarlas. Presentía que me esperaba un camino largo y difícil, y aunque la fuerza del amor era más grande que todas estas cosas, con todo sufrí lo indecible.

Mi director, el Padre Morán, supo de aquellas primeras inspiraciones acerca de la Obra encomendada para su fundación, pues era yo tan joven e inexperta en todo, pero mucho más en asuntos de vida re-

ligiosa, que, parecía algo irrealizable que yo sirviese para semejante encargo divino. Con todo, él me aseguraba que todo era de Dios, y aprobaba que yo gestionara, y él mismo me buscaba en Guadalajara algún convento donde me pudiesen recibir sin exigir el permiso de mis padres, ya que era una temeridad pensar siquiera en solicitarlo.

Tuve yo una tía, piadosa en alto grado. A ella pude comunicarle mis anhelos y mucho me ayudó. Por medio del Padre y de mi tía procuraba yo que me recibiese una comunidad de Capuchinas en Guadalajara, pero parecía no ser muy fácil que me recibiesen, pues tenían miedo a mi padre. Era por el año de 1929 y los cultos en la República ya se

tramitaban para abrirse de nuevo, cuando inesperadamente, por una persona vecina, simpatizadora seguramente de mis anhelos, un día, en la barandilla del comulgatorio me dijo, en voz muy queda, para no ser oída de mi señora madre que estaba tras de mí: “Conchita, si quiere ser monjita, vaya hoy al medio día a mi casa, le tengo una sorpresa.”

Ir yo a un lado fuera del hogar, significaba un imposible, pues no daba un paso sola, a las veces, ni dentro de casa. Dios se manifestó de tal manera en esa ocasión, que, cuando mamá y yo regresamos del templo esa mañana, papá la invitó para que fuesen ese día a la Metrópoli a pasar la Nochebuena, pues era semana de Posadas. Con permiso de papá yo estaba celebrando las posadas en mi pequeño oratorio que me permitían tener, y todas las noches nos reuníamos mis vecinas y los chiquillos del barrio a cantar villancicos. Por esta razón, pude excusarme de que me llevasen a México con ellos. Por tanto, aquella misma tarde, a la hora que la señorita me había invitado a ir a su casa por la mañana, estábamos solas mi hermana y yo. Con esta circunstancia logré de mi hermana permiso para salir, pretextando ir al templo. Pero después del templo, acudí a la misteriosa cita.



Se trataba de presentarme con el Excmo. Sr. Obispo Auxiliar de México, Dr. D. Maximino Ruiz y Flores. Pude abrirle toda mi alma y él aprobó mi vocación plenamente. Me ofreció gestionar mi ingreso en cierta Comunidad de Capuchinas en México, teniendo que ser a escondidas de mis padres. Me dijo que cuando él avisara a la señorita que yo estaba aceptada en la Comunidad, sin dilación me saliese de mi casa y ahí me escondiese hasta que él diera órdenes de que tomando el tren me fuese a la Capital, donde habría alguien precisamente dispuesto para recibirme y conducirme a mi ansiado convento. Era mi confesor el Sr. Cura Bernardo Parga, quien recibió el encargo del Sr. Ruiz y Flores de bendecirme y proporcionarme personas de confianza y moralidad que me acompañasen hasta la capital de México.”

Capítulo 10

Salida de la Casa Paterna

Antes de dejar la casa paterna, Nuestra Madre escribió una carta a su padre que dice textualmente:

Pax Christi

Papá: nunca tuve la dicha de verlo según mis deseos. Viví cerca de Ud. tan sólo en apariencia, porque son diametralmente opuestos los “amos” a quienes uno y otro servimos. Sé que está muy lejos de escucharme y por lo mismo, sufro y me veo cohibida de hablarle, porque no puedo tener un verdadero desahogo filial en el corazón paterno. No obstante intentaré decirle con llaneza un resumen por lo menos de lo que siento y deseo: ¡me voy al convento! y. . . para siempre, según sea la voluntad de Dios. Mi gusto hubiera sido haber madurado y dar hoy fin a este asunto con entera participación de Ud. y mi mamá, pero indudablemente no quiso Nuestro Señor que yo gozara de esos privilegios y felicidades, sino que, a duras penas recorriera el camino de la cruz, con todas las asperezas imaginables para merecer al fin unirme con Él crucificado y así, entre mis amarguras, fue, es y será una de las mayores, tener a ustedes en contra de mis deseos y vocación.

Reconozco y comparto al mismo tiempo la pena moral que mi proceder les causa, y por la parte que a mí toca, de todo corazón les pido me perdonen. Pero los estímulo, a la vez a que, conmigo, bendigamos la voluntad de nuestro Dios, dueño de obrar con nosotros según le plazca.

Bendigámoslo además, porque al hacer esto con nosotros, nos trata con una predilección que no hemos merecido. Dada la manera de pensar de ustedes, preveo el torcido concepto que de todo esto van a hacer. No es posible que comprendan las cosas de Dios quienes llevan la vida disipada de ustedes. Esto me hace sufrir tanto, que no puedo ponderarlo siquiera. Mas, confío en Jesús y la Virgen Santísima, que llegará el día en que su mente y su corazón salgan de los errores en que hasta hoy han permanecido, y entonces estoy segura que alabará mucho a Dios de haberme escogido, siendo yo la más indigna en mi familia, para la vida religiosa.

Debo decirle: me voy de mi espontánea voluntad. No puedo decirle a dónde, ni podré estar comunicándome como quisiera, por la oposición de ustedes, pero en cuanto, cediendo conmigo, lleguen a buscarme, me hallarán, y no lejos.

Temo, papá, que Ud. quisiera interponerse en mi camino para evitar mi fin. Mi temor va directamente a lo que se refiere a atentar así contra los designios de la Divina Providencia. Temo entonces el castigo que Dios nos mandaría. Así pues, os ruego ahora, en el nombre de Dios Nuestro Señor que me dejéis ir en paz. Sabed que voy a ocuparme de las cosas de nuestro Padre Celestial.

En cuanto a mí, quiero advertirle desde hoy, que es imposible que fuerza alguna humana me haga desistir, ni detenga mi paso; podré encontrar obstáculos, pero al fin pasaré sobre ellos. Llevo la fuerza que el mismo Dios me infunde. Él mismo me abre el camino y yo no hago sino lo que el agua cuando se le da cauce para que corra, aun arrojando lo que a su paso encuentra. Así, el obstáculo muy



grande que he encontrado ha sido mi corazón apegadísimo al cariño de ustedes y, éste ¡lo he vencido! ¿Qué podrá ya detenerme? Dejadme, pues, en paz ir a servir a mi Dios. Tenga presente que desde hoy hay una hija suya que, formando parte viva del cuerpo místico de la Iglesia militante, está rogando por su alma, no sólo eso sino, esperándolo para presentarlo a Dios. ¿Cuándo veré su alma así?

Me llevo en el corazón la pena de dejarlo aún absorto en la áspera “política gubernamental” que tantos daños físicos, pecuniarios y espirituales le causa. Quiera Dios, si llega a ser la Autoridad del pueblo, como lo espera en breve, lo haga sirviéndose de ese medio para reparar ante los hombres lo que su conciencia le diga íntimamente. Ya que las cosas de conciencia, después de satisfacerla ante los hombres debemos hacerlo con Dios. Mi trabajo irá siempre encaminado a su favor.

¡Qué tristeza siento de no poderlo convidar a que una sus oraciones conmigo, pues. . . nunca lo vi orar. ¿Por qué, si su santa mamá lo enseñó a practicar la oración y la virtud? Claro que la virtud persevera en usted, la rectitud y la justicia, pero la religiosidad debe ser el broche de oro de nuestras almas.

Sin embargo, confío en que Dios, premiando sus muy buenas acciones que ha tenido siempre y que yo soy testigo, sobre todo de nobleza de alma perdonando a sus enemigos, socorriendo a los pobres, etc., le derramará las gracias que necesita para que vuelva su alma a la fe. Y, trate de multiplicar sus buenas obras, pero con el fin sobrenatural de hacerlo por Dios, no por filantropía. Porque haciendo el bien por Dios jamás se obra mal. Me voy muy agradecida de muchos gustos que me proporcionaron: las Posadas que últimamente me dejaron hacer, será un recuerdo de los más gratos. En cuanto a otros gustos de que me rodeaban, que nada dicen con Dios ni cosas de Dios, nada son para mí, sino el cariño que en ello me manifestaron. Por eso, no era para mí gozar ni lujos ni diversiones; ni el dinero ni los regalos: vestidos, joyas. Todo esto se lo cedo a mi hermana; nada de eso quiero para mí. Y si alguna vez algo quisieran darme, yo lo aceptaría tan sólo para algo de utilizarlo en vía de la caridad.

No tengan cuidado de mí; aparte de que Dios Nuestro Señor se encarga de cuidar de sus esposas, la Iglesia tiene siempre mil precauciones para resguardarlas. Como ahora aún no hay libertad de asociación estaremos ocultas con gran sigilo. Más tarde, si las circunstancias son favorables, estaremos mejor, y si fatalmente fueran desfavorables, Dios nos ayudará. Quizá iremos fuera del país, pero Dios siempre estará con nosotros. Voy enteramente pobre; nada me llevo de la casa paterna, ni ropa sino la que llevo puesta, pues me he acogido a la verdadera caridad que donde quiera falta hoy en día, porque ésta abunda en las Casas de Dios.

¡Adiós papá! ¡Adiós a mi mamá! ¡Adiós a mi hermana! Les pido de rodillas su bendición.

María Concepción Zúñiga López

En el día señalado para que Conchita saliera de su casa, sus padres se habían ausentado y estaba sola con su hermana, que en estos momentos estaba cuidando la tienda de su padre. Nuestra Madre escribe:

Fue el día sábado, 2 de febrero de 1930 mi salida, a las doce del día, sin llevar absolutamente nada en la mano para no ser notada de nadie. Salí en un momento oportuno de la casa de mis padres y me escondí en la casa ya dispuesta de la Señorita Carmelita Ramírez Fuentes. Por cierto, nadie absolutamente, fuera de ella lo supo.

Cuando Conchita llegó a la casa de Carmelita, se prostró delante de una imagen de Nuestra Señora del Carmen, donde brotaron de su corazón los siguientes versos:

ENTREGA

¡Vedme, Jesús, ya libre en vuestros brazos, dispuesta a todo lo que hagáis de mí!

He roto para siempre ya los lazos que volar me impidieran hacia Ti.

¿Quién pudo darme fortaleza tanta? ¿Quién pudo, en mi combate, tal, vencer?

La voluntad humana se quebranta si no la vienes Tú a fortalecer.

Para arrancarme del hogar paterno, para esto sufrir y hacer sufrir. . .

Para llevar este dolor interno y a los seres amados desistir. . .

No basta no Jesús, valor humano para en tal obra así perseverar;

Sólo tu omnipotente y sabia mano a éstas obras el éxito ha de dar!

Ya consumado al fin el heroísmo, ¿quién, la paz interior nos ha de dar?
O, ¿cómo conocer del hecho mismo, que hicimos bien o que hicimos mal?

Tales obras, Señor, sin tu asistencia, ni el éxito adquieren ni la paz;

De tu divino Corazón la esencia, ambas cosas, tú sólo sabes dar.

¡Oh Jesús! Mi Jesús, yo me confundo, al ver, cuál obra tu divina acción!

Sólo mirando a lo profundo...se puede comprender la vocación!

¡Cuántos engaños. . . cuánto error si Ti! Contigo: ¡qué certeza y precisión!

¡Oh, mi amor! Quien no sabe hallarte así, no conoce la paz del corazón.

Todo lo haces Tú, mi bien-amado, sólo un poco de esfuerzo nos pedís;

Y una vez que nos has ya rescatado, en tu amor o en tu cruz, haces feliz!

(Continuará)

Getsemaní

¡Getsemaní! ¿Qué misterioso drama
esconden esta noche tus olivos
entre la espesa y argentada trama
de sus ramos de paz? Mientras festivos. . .

resuenan allá abajo los clamores
que pregonan la férvida alegría
de la Pascua triunfal, oigo estertores
que responden con ecos de agonía,

al lejano clamor que allá resuena.
¿Sabes, Getsemaní, quién ha venido
a hacer de tu jardín un mar de pena
y a agonizar en tu pensil florido?

El caminante misterioso y santo
Que se detuvo un día en tus alcoves,
Miró a Jerusalén, y con su llanto
Quiso regar tus campesinas flores.

¿Por qué tiemblas, Jesús? ¿Por qué ese espasmo
de agonía cruel que te tortura?
¿Por qué, gloria de Dios, encanto y pasmo
del cielo y de la tierra, esa amargura?

¡Pobre Jesús, que, condenado a muerte
quieres vivir tus horas postrimeras
cual si tan sólo te cupiera en suerte
sufrir como hombre y cual si Dios no fueras!

Bajo el velo mortal de tu tristeza
Adivino los trágicos terrores
Que hacen temblar tu inmoble fortaleza
¡Entre la tempestad de los dolores!

Y en pago de tu amor, en tu horizonte,
Temblando, ves el premio que te espera:
una cruz pavorosa sobre un monte
Y presidir tu humillación postrera,

Clavado en ella, mientras la canalla
Se apiña en torno vomitando injurias
Desafiando tu poder que calla
Y descargando en ti sus locas furias.

Pidió favor y, como desvalido
Niño indefenso, lamentó su suerte
Y prorrumpió su voz en el gemido
“¡Está triste mi alma hasta la muerte!”

Rompiósele a Jesús la voz de pena
De tristeza mortal cubrióse el cielo
Tembló Getsemaní, y, en larga vena
La Sangre de Jesús regó su suelo.

Alfredo Sánchez, C.S.S.R



Vestir con Dignidad

Continúa del número anterior del libro escrito por la Sra. Colleen Hammond

Capítulo 2

Retorno a la Reverencia y Respeto

Fue la Santísima Virgen quien volvió el honor a todas las mujeres con su fiat “Hágase”. Ella dio a luz al Redentor prometido, y todos nos beneficiamos del consentimiento que dio a la voluntad de Dios cuando dijo: “Hágase en mí según tu palabra.” (Lucas I, 38) Pero las mujeres se benefician sobre todo porque María fue proclamada “bendita entre las mujeres”.

Honramos todos los días a María con el Ave María, y todas las mujeres comparten aquel honor en virtud de su vocación y el digno cumplimiento de ella.

La Sagrada Escritura y las devociones católicas están repletas de ejemplos maravillosos del papel de la mujer. Muchos de los misterios del Rosario están dirigidos a María. ¿Y qué del Santo Viacrucis? “Jesús encuentra a su Santísima Madre,” “La Verónica limpia el rostro de Jesús,” “Las Mujeres de Jerusalén lloran al ver a Jesús.”



Casi todos los que estaban al pie de la Cruz eran las santas mujeres. (El único Apóstol que permaneció hasta el fin fue el joven San Juan.)

No es mi intento abajar a los hombres, ¿pero dónde estaban los demás Apóstoles y discípulos durante la Pasión de Nuestro Señor?

La primer testigo de la Resurrección era un mujer: María Mag-

dalena; pero aun así, los hombres ¡no la creían! En el Apocalipsis (XII, 1), San Juan tuvo la visión de la mujer “vestida del sol,” coronada de estrellas. La Iglesia la ha interpretado como figura de la Santísima Virgen María.

Lo sagrado y lo misterioso de la femineidad de la mujer, dado por Dios, ¡es un privilegio admirable! ¿Y qué tiene que ver las modas de la mujer con la pérdida del respeto por su femineidad? La Doctora Alice von Hildebrand escribe:

“La temible decadencia que hemos atestiguado en los últimos cuarenta años puede derivarse, a lo menos en parte, del atentado sistemático del mundo de las modas a extirpar de las jóvenes el “rubor sagrado” que es la conducta correcta que las mujeres deben tener a lo que es personal, íntimo y exige pudor.”

La solución consiste en vestir con modestia y dignidad, pues las modas de hoy se enfocan en destruir nuestro concepto de la dignidad de la mujer.

(Continuará)

* * * * *



Letanias al Señor San José

Señor, ten piedad de nosotros
Cristo, ten piedad de nosotros
Señor, ten piedad de nosotros
Cristo, óyenos
Cristo, escúchanos
Dios Padre Celestial, ten piedad
de nosotros
Dios Hijo, Redentor del mundo, ten
piedad de nosotros
Dios Espíritu Santo, ten piedad
de nosotros.
Santísima Trinidad, un solo Dios,
ten piedad de nosotros

Santa María, ruega por nosotros
San José, ruega por nosotros
Ilustre descendiente de David,
Luz de los Patriarcas,
Esposo de la Madre de Dios,
Casto Guardián de la Virgen,

Padre Nutricio del Hijo de Dios,
Protector diligente de Cristo,
Jefe de la Sagrada Familia,
José, justísimo,
José, castísimo,
José, prudentísimo,
José, valentísimo,
José, obedientísimo,
José, fidelísimo,
Espejo de paciencia,
Amante de la pobreza,
Modelo de trabajadores,
Gloria de la vida doméstica,
Custodio de vírgenes,
Sostén de las familias,
Consuelo de los desgraciados,
Esperanza de los enfermos,
Patrono de los moribundos,
Terror de los demonios,
Protector de la Santa Iglesia,



Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, perdónanos, Señor
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, escúchanos, Señor
Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros.

V. Lo constituyó Señor de su casa

R. Y jefe de toda su hacienda.

Oración

Oh Dios, que con inefable providencia Te has dignado escoger al bienaventurado José por esposo de tu Madre Santísima; concédenos que, pues le veneramos como Protector en la tierra, merezcamos tenerle como Protector en los cielos. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

¡Sea para gloria de Dios!